

Flores y frutos



Kenshinkan dôjô 2022

Después de recoger las rosas del jardín, Juan Ramón Jiménez las dejaba sobre el piano, junto a los lirios amarillos. Entonces, el perfume de las flores llenaba su poesía embriagando su corazón y el de Zenobia, la mujer que amaba.

Aunque el poeta deseaba antes que nada el aroma de las rosas, cantaba, no obstante, a las manos silenciosas. Lo hacía, como queriendo no olvidar que aquel perfume era realidad gracias al trabajo imprescindible de las manos.

Había sentido una vibración, los ojos, las retinas, el párpado, las pupilas y el cuerpo enervado vencían el peso aciago de las horas, los días lentos que arrastraban consigo las miserias, llegando entonces una luz, como de otro mundo -cantos de vida y esperanza- que traía consigo una belleza, *de súbito*, en el jardín de su infancia: las rosas.

Después se abrían las manos, encallecidas, aún cansadas de asir los bienes de la huerta, la azada amoladora, el roce de la soga en la polea, el sudor que trae la frente al mediodía después de una jornada, los surcos de la piel, la sangre de la espina, placer y pecado, los dedos trémulos, dorados de Sol.

El poeta cortaba las flores, las llevaba a la casa y las ponía sobre el piano, junto a los lirios.

Más tarde llegaba el perfume, olor atávico, rápido néctar, efluvio inmediato y vaporoso, esencia última, efímera, liviana y sagrada, como el temblor de una vida nueva y fresca. Aquel aroma inundaba el hogar, atravesando la forma de los pétalos, el tallo largo y verde, el esplendor de los colores, la sombra fresca del verano, un patio encalado, las macetas, la menta, la hierbabuena.

Sí.

El ojo ve; las rosas, vibran; las manos actúan; el perfume se manifiesta. No hay perfume sin flor, ni flor sin pétalos; no hay rosas sin manos, ni manos sin ojos. Detrás de la espina está la rosa, que esconde el perfume que transforma la imagen en poesía, el impulso en amor.

Hace cuatro siglos, Miyamoto Musashi enseñaba a sus discípulos el arte de la espada. El *kenjutsu* comenzaba a olvidar las formas, la estructura, el esqueleto, su armadura, convirtiéndose en pura expresión estética, tiempo de ocio, divertimento, camino de perfección, reflejo espiritual.

Musashi se lamentaba al entender que el arte marcial de Edo tenía más flores que frutos, coincidiendo en su juicio con Zelami, maestro de teatro Nô, quien exigía a sus estudiantes instruirse en la forma correcta de trabajar con la espada, el arco, el *yari*, la *naginata*, antes de subir a escena e interpretar sus papeles.

! Aprended a sostener un arma ; ; Pero hacedlo con verdaderos guerreros ; Les aconsejaba.

Sólo así, la expresión del fondo del teatro Nô tendría razón de ser, pues la interpretación de los actores estaría protegida, respaldada, soportada y avalada por una forma honesta y verdadera.

Como en poesía o teatro, tampoco en Budô hay perfume sin flor, ni flor sin espina, ni fondo sin forma.